

# Eres inicuo en la medida de lo que puedes dar

*Gran figura la de San Basilio. Hijo de familia arraigadísima en la religión cristiana, nieto de mártires perseguidos por Diocleciano, el hombre, el intelectual que llevaba dentro le condujo a la vanidad de una ciencia ateniense con la que seguía recto camino de convertirse en un insoportable racionalista:*

*El frenazo le llegó a tiempo en la reprensión de su hermana mayor Santa Macrina, que no admitía que Basilio pudiera conciliar su orgullo, su vanidad y su cristianismo. Basilio cayó a los pies de Dios, herido de su luz, renunció a su cátedra y después de vender sus bienes y entregarlos a los pobres marchó al desierto a llevar vida eremítica y hacer penitencia por sus pecados.*

*Hoy día la personalidad de San Basilio nos es conocida principalmente por sus dos aspectos fundamentales: como criador y organizador del monacato oriental, y en el campo de los estudios como el gran teólogo, el mayor de los Padres Capadocios.*

*No obstante, en esta vida de actividad y concentración febril hay algunos matices que suelen ocultarse tras los típicos. Obispo de Cesarea, su energía espiritual le lleva a decisivas actuaciones pastorales. Con iniciativa fácilmente apreciable en nuestra semejante actualidad social, Basilio sale por los derechos de los pobres con vigor y aun aspereza inigualables. Junto a su iglesia pronto se levantaron un hospital y una hospedería, alojamientos para viajeros, viviendas para obreros y empleados que formaban una auténtica ciudad obrera, mientras en sus oficinas episcopales todos los pobres recibieron en las épocas de necesidad aguda una comida popular.*

*De este tiempo son también las homilias contra ricos y avaros en que con descarnado espíritu de evangelio fustiga la más innoble de las ambiciones. De estos sermones copiamos aquí algunos párrafos.*

N U E V O Y V I E J O

**D**estruiré mis graneros y edificaré otros mayores... Y si llenas éstos, ¿qué pasará entonces? ¿De nuevo destruirás y edificarás otros mayores? ¿Qué cosa más absurda que trabajar perpetuamente, diligentemente construir, y con la misma diligencia destruir? Si quieres graneros, ahí tienes las casas de los pobres. Atesora para tí un tesoro en el cielo. Lo que allí se guarda, no lo come la polilla, ni lo corroe la caries, ni lo roban los ladrones.

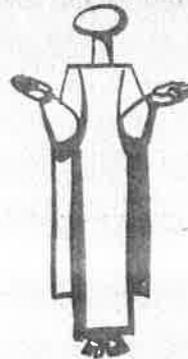
...«Bueno, pues daré a los pobres cuando llene estos segundos graneros...» Largo tiempo de vida te has señalado. Ten cuidado, no sea que el tiempo prefijado se te anticipe. Esa promesa es argumento de maldad, no de bondad. Prometes no para dar “después” sino para guardar “ahora”. Pues, ahora que puedes, ¿qué es lo que te impide dar? ¿Acaso no hay quien lo necesite? ¿No están llenos los graneros? ¿No están preparados los dones? O ¿es que el precepto no está claro? El hambriento languidece, el desnudo pasa frío, el deudor es acorralado y ¿tú dejas la limosna para mañana? Oye a Salomón: «No digas, ve, vuelve, mañana daré» (Prov. III 28) pues «ignoras qué te traerá mañana» (ibid.)

Desprecias estos preceptos porque previamente te habías tapado los oídos con tu avaricia. ¡Cuánto mejor te hubiera sido tener el beneficio del generoso que estar alegre por los honores que te rinden! Ahora eres remiso, apenas hay manera de abordarte, eludes encontrarte con alguno, no vayas a ser que quizás te veas obligado a dar una limosnilla.

Sólo conoces una voz: «No tengo, por tanto no puedo dar. ¡Soy pobre!» Ciertamente eres pobre y careces de todo bien. Pobre de amor, pobre de humanidad, pobre de fe en Dios, pobre de esperanza eterna.

Haz participantes de tu trigo a tus hermanos, pues mañana se pudrirá. Entrégalo hoy al necesitado. El peor género de avaricia es no dar a los necesitados, ni siquiera las cosas que se te estropean.

«¿A quién, dice, hago injuria, cuando retengo lo mío y lo conservo?» Dime, ¿qué es tuyo? ¿De dónde lo cogiste al venir a este mundo? Es como si uno que ha ocupado un sitio en el teatro, expulsa a los que se acercan pensando que es suyo lo que es de uso común. Así son los ricos. Se antici-



pan a coger los bienes comunes con una previa ocupación y se los adjudican. Siendo así que si cada uno tomase para sí lo suficiente para sus necesidades y diese al necesitado lo que sobra, no habría pobres ni ricos.

¿No saliste desnudo del seno de tu madre? Y ¿no has de volver desnudo a la tierra? ¿por qué, pues, han de ser para tí los bienes que posees? Si dices que por el hado, eres un impío ya que no conoces al Creador, ni das gracias al que te lo ha dado. Pero si confiesas que te lo ha dado Dios, dinos, ¿por qué lo has recibido? ¿Acaso es Dios injusto para distribuirnos desigualmente lo necesario para la vida? ¿Por qué eres tú rico y él pobre? ¿No será, ciertamente, para que tú recibas el premio de tu benignidad y fiel dispensación y él reciba los grandes premios de la paciencia?

Tú, en cambio, apretando contra tu pecho, incapaz de saciarse, todos esos bienes piensas que no haces injuria a nadie. ¿Quién es avaro? El que no está contento con lo suficiente. ¿Quién expoliador? El que quita algo a alguno. ¿No eres tú avaro, no eres expoliador cuando lo que recibiste para distribuir te lo apropias para tí mismo?

Se llama ladrón al que desnuda y despoja a uno. Y ¿es digno de otro apelativo el que pudiendo no viste al desnudo? El pan que tú tienes es del hambriento y del desnudo el manto que tú guardas en el arca; del descalzo, el calzado que estropeas en casa; del pobre, el dinero que tienes encerrado.

Tus injusticias se cuentan por el número de hombres a quienes podías ayudar.

Preciosos sermones son éstos, dice, pero mejor es el oro.

...Oh, cómo apreciarás en el día del juicio aquella palabra: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino que os está preparado desde la constitución del mundo. Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me cubristeis». En cambio, qué horror y sudor te causarán, y qué espesura te rodeará el oír aquel juicio condenatorio: «apartaos de mí, malditos, a las tinieblas exteriores que están preparadas para el diablo y sus ángeles. Pues tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estaba desnudo y no me cubristeis».

No se acusa allí al ladrón, sino se condena al que no repartió sus bienes.

He dicho, ciertamente, las cosas que ayudan; si tú obedeces, para tí serán los dones prometidos. Si no haces caso, preparadas están las amenazas cuyo peligro quiero que evites tomando este consejo: que tus riquezas sean el precio de tu redención, y llegues a los bienes celestes que ya están preparados, por virtud del que nos llamó a todos a su Reino.

(S. Basilio. Homilía acerca de ese dicho del Evangelio:  
*Destruiré mis graneros y edificaré otros mayores.* M G, 31)